

# TRACE

**Traditional Children's Stories for a common  
Future**

**El Califa, el pastor y la felicidad**



Co-funded by the  
Erasmus+ Programme  
of the European Union



Había una vez un califa que salió de caza y tuvo la mala suerte de que su montura se espantase de repente, desbocándose y lanzándose descontrolada a la carrera. El corcel iba tan deprisa que en seguida desapareció de la vista de los cortesanos que intentaban alcanzarlo. Súbitamente se abrió ante el soberano y su caballo un profundo barranco, por lo que el califa entendió que había llegado al fin de sus días. Sin embargo, en el último momento, un humilde pastor que estaba en las inmediaciones con su rebaño consiguió detenerlo justo al borde del abismo, evitando que se despeñaran.

El califa le estaba muy agradecido al pastor por haber arriesgado su vida por salvarlo, por lo que decidió premiarle por su valiente y generosa acción. Por ello en ese mismo momento le juró al pastor por su barba que le concedía en agradecimiento la felicidad, para lo cual le concedería todo lo que deseara.

La mañana siguiente el pastor ni corto ni perezoso marchó al palacio del califa donde fue recibido de inmediato por el califa con gran alegría. El pastor le explicó al califa que tenía cincuenta cabras en su rebaño y que le gustaría doblar el número de éstas.

Poco es lo que me pides para haberme salvado la vida. Para asegurarme de que alcances la felicidad, no sólo te concedo las cincuenta cabras que me pides, sino también te regalo una casa rodeada de verdes pastos en los que podrá pacer tranquilamente tu rebaño.

El pastor se sintió entonces el hombre más dichoso del mundo, diciéndose a sí mismo que sin duda había alcanzado la felicidad, ya que el soberano le había concedido más de lo que él deseaba, y que por fin tenía una casa y prados propios. Ese mismo día, el pastor se fue a vivir a su casa. Poco tiempo después conoció a un vecino que le enseñó su hacienda, que contaba con una hermosa casa, más de doscientas cabras y unas tierras muy fértiles que llegaban más allá de donde alcanzaba la vista.

Al anoecer el pastor volvió a su casa y se fue a la cama, pero no conseguía dormirse y se pasó toda la noche en vela pensando en todas las propiedades de su vecino, y se decía: “¡Qué tonto que he sido! ¡Tenía que haberle pedido al califa doscientas cabras! Si lo hubiera hecho, sería tan rico como mi vecino” Y pasó toda la noche en vela con los mismos pensamientos rondando su cabeza.

Al alba, el pastor se fue caminando hasta la corte del califa, que le atendió inmediatamente. El pastor le contó sus preocupaciones al califa, que escuchaba divertido y entre risas le dijo que con gusto le concedería sus nuevas peticiones para así cumplir con lo que le había prometido: “Por mis barbas que te concedo lo que pides, pastor, pues así cumpliré con mi promesa de darte la felicidad.”

El pastor regresó dando saltos de alegría por el camino a su casa. Pero, una vez se metió en la cama, se puso a pensar: “¡Qué tonto que he sido otra vez! Podía haberle pedido trescientas cabezas en vez de doscientas, que de seguro que me las habría concedido con gusto”.

Tras varias noches en vela, el pastor finalmente se armó de valor y decidió acudir de nuevo al califa para contarle sus cuitas. "Majestad", le dijo, "vengo a decirles que no logro ser feliz, y que para lograrlo necesito más tierras y muchas más cabras".

"El soberano volvió a cumplir con su promesa, ya que así se lo había jurado por su mismísima barba.

El pastor fue brincando de alegría por el camino que le llevaba a casa diciéndose que en verdad era un hombre afortunado y que realmente había alcanzado la felicidad."

Pero a los pocos días nuestro pastor comenzó a sentirse insatisfecho con todo lo que tenía, diciéndose que el lugar donde debía estar para lograr ser realmente feliz no era el campo, lleno de tierra y polvo, sino la corte, rodeado de lujos.

Así que más pronto que tarde el pastor acudió de nuevo al califa, quien le concedió de inmediato una hermosa casa. Sin embargo, el pastor volvió a sentirse infeliz a los pocos días y en breve tiempo, de la bonita casa pasó a un imponente palacio, y de unas mulas pasó en seguida a un increíble establo repleto de preciosos caballos de pura raza.

Las tranquilas charlas con los vecinos del campo se tornaron en fiestas en las que la bebida no dejaba de correr y los ricos manjares no dejaban de servirse. El califa comenzó a incomodarse con las incesantes peticiones, pero como le había prometido al pastor por su mismísima barba que le haría feliz, continuó otorgándole todo aquello que le pedía.

Aun así, la infelicidad y la insatisfacción llenaba cada vez más el corazón del pastor, así que, por enésima vez, pidió audiencia con el soberano.

"Majestad, bien sabéis que os salvé la vida y que por ello y en agradecimiento me prometisteis por vuestra mismísima barba que me concederías todo aquello que os pidiese para así hacerme feliz".

"Bien cierto es, pastor, y así lo he hecho, pero creo que si no habéis logrado ser feliz no habrá sido por causa mía".

"Ya que estamos de acuerdo en vuestra promesa, os pido que para por fin alcanzar la felicidad me dejéis ser califa por un tiempo".

No había acabado de decir esta frase el pastor cuando el califa hizo llamar de inmediato al su barbero y en ese mismo momento, sentado en su trono, el califa pidió que le afeitase la barba.

Ya afeitado, el califa le dijo al pastor: Ya sin barba me ves, pastor, por lo que ya no tengo por qué cumplir aquello por lo que por mi barba juré y tú no tienes ya motivo para dejar de ser lo que siempre has sido. Así que como pastor viniste y como pastor volverás.

El califa ordenó entonces a los sirvientes que le privasen de todas las posesiones que le había concedido y que le acompañasen al mismo lugar donde se cruzaron sus vidas por primera vez. Y en esos parajes continuó el pastor con sus cincuenta cabras y tan pobre como lo halló el califa.